

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

EL GRAN MISTERIO DE DIOS

¡Dios...! Misterio de Amor... ¡Dios...!

Todo Dios es un misterio tan dulce, suave y acogedor, tan deseable y apetecible, tan amoroso, que si las almas vislumbráramos lo que Dios tiene reservado a los que le aman, estaríamos todos en un continuo lamento, suspirando por la contemplación del Dios vivo.

¡Dios...!, el Ser simplicísimo que, en presente eterno de vida infinita y fecunda, se es...

¡Dios...! sin partes ni mezclas...

¡Dios...! Que solamente con decir: “El que Se Es”, en esta frase está dicho todo...

Dios se es en su Eternidad infinita y por su Eternidad esencial.

En esa Eternidad, se es sin principio y sin fin, y, por no tener Dios partes, en Él ni hay antes ni hay después.

El día luminoso –que en Dios no es un día,

ni siquiera un suspiro— es como un ¡oh! eterno. En ese instante, por ser infinitamente perfecto en su abarcación, es la Eternidad.

Y en ese instante eterno, el Padre está contemplando todo su ser y se está contemplando en su persona, en todo lo que Él es.

Por no haber en Dios partes, ni antes ni después, el Padre está contemplando toda la infinitud infinita de infinitos atributos que, en Eternidad, son un solo atributo y una sola perfección. Y en ese mismo instante de serse Dios, al contemplar todos los atributos y perfecciones, todo lo que Él se es en su Persona y en su ser, al contemplarlo todo, esa Mirada de infinita sabiduría rompe en una explicativa Expresión, que es su Verbo.

El Padre ama a su Verbo con un amor tan infinito, que se le sale —sin salirse— todo su serse en amor. Y, en ese mismo instante, se le está saliendo también al Verbo —sin salirse— todo su ser recibido del Padre, amando al Padre. Y, en ese amarse el Padre y el Verbo, en ese comunicarse todo su ser al amarse, surge radiante del Padre y del Verbo la Persona Amor.

El ser que el Padre se tiene por sí mismo, y el que el Verbo se tiene en propiedad recibido del Padre, es el mismo; ya que en Dios, a pesar de que son tres Personas y de que cada una tiene su serse en propiedad, hay un solo serse que es de los Tres. El Padre se lo tiene por sí mismo, el Verbo en sí mismo recibido del Padre, y el

Espíritu Santo lo tiene en sí mismo recibido del Padre y del Verbo.

¡Qué misterio...! A pesar de que lo que le hace al Padre engendrar es la contemplación sapiencialmente infinita de su ser, por ser la vida de Dios un presente eterno, sin partes, sin ahora ni después, el Padre está contemplando en su seno eternamente, no solamente su serse esencial, sino que está contemplando a su Verbo, su persona y su ser; y está contemplando el momento eterno de su eterno engendrar a su Verbo; y está contemplando el momento eterno de ser engendrado su Hijo, ese Hijo que es engendrado como fruto de su contemplación. Y, en ese mismo instante eterno, el Padre está contemplando en su seno a la persona del Espíritu Santo, y la procedencia del Espíritu Santo de su Hijo y de Él; de ese Espíritu Santo que es el fruto amoroso de su Hijo engendrado y suyo. ¡Qué misterio...!

Porque el Padre, a pesar de que lo contempla todo, y que del fruto de su contemplación es engendrado el Verbo, en su única mirada eterna de infinita sabiduría contempla a su Hijo engendrado y al Espíritu Santo procediendo y procedido de ambos.

El Padre se es una eterna Mirada de infinita sabiduría, tan infinita y tan fecunda, que esa misma Mirada Él se la es y, al sérsela, abarca en

su abarcación, en esa penetrante Mirada, a su Engendrado único y al Amor de ambos; a pesar de que esa misma Mirada le hace engendrar a su Engendrado, del que es fruto también, en esa misma Mirada, el Amor de entrambos, el Espíritu Santo.

Así que el Padre está engendrando a su Hijo, y está procediendo de ambos el Espíritu Santo, en esa sola Mirada en que el Padre lo está contemplando todo.

¡Ay, Señor, qué profundo es este misterio...! ¡Qué claro y qué sencillo! Ya que, por la simplicidad de la perfección de Dios, Él se es, en un instante eterno y simultáneo de vida infinita, tres Personas en un acto de Sabiduría Sabida Amorosamente en la contención apretada del ámbito de su misma infinita y eterna sabiduría.

Yo quiero decir a Dios y no puedo expresar con mis pobres palabras lo que concibo de la simplicidad infinita que, en su manera sencilla, Dios se es!

Señor, a ver si puedo decirte más claro.

El Padre engendra a su Verbo como fruto de su contemplación, a pesar de que el Padre, en su contemplación, está contemplando a su Verbo. Porque el Verbo es el conocimiento sapientalmente conocido del Padre, y el Padre se sabe todo lo que conoce, saber que es engendrar.

La razón de todo está en que el Verbo es la sabiduría sabida amorosamente del Padre; y el Espíritu Santo es el fruto del Padre y del Verbo.

El Padre espira al Espíritu Santo como fruto de su amor paternal a su Hijo, al ser engendrado Éste. Y a ese mismo Espíritu Santo que de ambos procede como fruto de amor paternal-filial, le está el Padre contemplando eternamente en su sola Mirada engendradora. Y el Padre está contemplando, en esa sola Mirada, el ser espirado, de Él y de su Verbo, el Espíritu Santo, ese Espíritu Santo que es el fruto amoroso del Padre y del Verbo.

Así que el Padre contempla en su sola Mirada eternamente al Verbo y al Espíritu Santo; los tiene siempre abarcados en su seno. Y el Padre contempla el instante eterno de ser engendrado el Verbo y de ser espirado el Espíritu Santo. Y, en esa sola Mirada, el Verbo es engendrado, como fruto de esa sola Mirada; y el Espíritu Santo es espirado, como fruto del Engendrador y de su Engendrado.

Así que el Padre, en su sola Mirada, abarca toda su perfección infinita, y está contemplando a su Hijo y el instante eterno de ser engendrado su Hijo, el instante eterno de engendrar Él y de surgir su Hijo engendrado, y el instante eterno de amarse los dos con el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo, y el instante de ser espirado el Espíritu Santo de entrambos, y el instante-instante de amar Él y su Verbo con el Espíritu Santo a su ser y a sus personas.

El Padre contempla, en su sola Mirada, todo su ser, las personas y sus procedencias; porque hasta su mismo engendrar y su mismo mirar Él lo contempla, mirar que es engendrar al Verbo. Y amando lo que mira, espira al Espíritu Santo, espirar de entrambos, que al Espíritu Santo le hace ser el Amor.

Fruto de toda esa Mirada es el Verbo. Por eso, el Verbo es la Expresión de todo lo que es el Padre y de todo lo que el Padre conoce. Así que, el Verbo es expresión de la Mirada del Padre, del engendrar del Padre, del serse Él engendrado, del proceder el Espíritu Santo de Él y de su Padre, de todo su ser con todas sus perfecciones y atributos.

En una palabra: el Verbo expresa todo aquello que el Padre contempla, a pesar de que el Verbo es el fruto de la Mirada del Padre. Así que, el Verbo es tan infinito expresando como infinito es el Padre contemplando.

El Verbo está cantando el instante eterno de serse el Padre, y el instante eterno de ser Él. Y el Verbo está cantando el instante eterno de surgir el Espíritu Santo, como Amor paternal y filial, de su seno y del seno del Padre; está cantando la procedencia del Espíritu Santo y el ser del Espíritu Santo; y está cantando cómo Él es por el Padre y cómo el Espíritu Santo es por el Padre y por Él.

Así que, el Verbo está expresando, en su sola Palabra, las personas con sus relaciones y sus

procedencias; y está cantando todo el ser con toda la infinitud de atributos y perfecciones, y está cantando cómo Él es el fruto de la contemplación de toda la Mirada abarcadora del Padre y también cómo el Espíritu Santo es espirado de entrambos.

Y el Espíritu Santo está amando la eterna y abarcadora Mirada del Padre, de la cual es fruto el Verbo por vía de entendimiento, y Él, por vía de amor.

Y está amando el instante eterno de engendrar el Padre y de ser engendrado el Verbo, de los cuales Él es el fruto amoroso.

Y está amando el mismo instante eterno de serse Él el amor del Padre y del Verbo, el instante eterno de su procedencia del Padre y del Verbo, al engendrar el Padre y al expresar el Verbo.

Y está amando el instante eterno de ser Él el amor del Padre a su ser y el amor del Verbo a su ser, y el instante eterno de ser Él mismo el amor personal a las personas y al ser.

Y está amando el instante eterno de ser Él la Persona Amor en Dios por el Padre y por el Verbo; y el instante eterno de su serse por el que Él es amor.

Así que, el Espíritu Santo abarca en su amor a la Trinidad de Personas y a la Unidad de ser, en cada uno de sus atributos y perfecciones.

¡Qué alegría, qué felicidad, qué descanso, qué gozo que Dios se sea así...!: “El que Se Es” es tan infinitamente, que en el mismo instante eterno, sin principio ni fin en el que Se Es, engendra, es engendrado y es espirado.

¡Oh, qué día eterno el de la Eternidad...! Esto mismo que en Dios es su gozo y su dicha, será nuestra felicidad eterna.

¡Cristiano, esto es lo que te canta Jesús! Pues Él, por su Persona divina, está expresando eternamente al Dios Uno y Trino, y ha venido a la tierra para expresártelo a ti, encontrándose defraudado al verse incomprendido y no recibido.

Todo este misterio te lo está comunicando Cristo en la Eucaristía y se encierra dentro de tu alma, si está en gracia.

¡Qué espantoso es que un alma, llamada a participar de todo esto, por el pecado pierda a Dios...!

Vivamos, por nuestra vida de gracia, adentrándonos en la vida divina. Miremos con la Mirada abarcadora del Padre, y cantemos con la sola Palabra de expresión infinita del Verbo, en el fuego del Amor del Espíritu Santo. Vivamos unidos en la Trinidad de Personas y en la Unidad de Ser, repletos con la repletura participada de nuestro Dios, para que, al llegar, nos encuentre cargados de frutos, y nos diga: venid a recibir la corona que os tengo preparada desde toda la Eternidad, que es la participación eterna en fruición y gozo de mi vida divina.